

DEBATES INTERMINABLES

2020-01-22

MANEX GURRUTXAGA

En España han formado el gobierno de la izquierda y algunos antiguos militantes de movimientos sociales son ahora ministros. Esto ha generado diversas reacciones en el panorama político de izquierdas, y son muchos los que están viviendo con ilusión la composición del nuevo Gobierno. La ilusión es legítima, en la mayoría de los casos desgraciadamente también es un indicador de impotencia: la ilusión y la impotencia de quien ha perdido la esperanza de conseguir algo mejor y de quien cree que ha parado a la extrema derecha.

El objeto de este texto no es hablar de la composición del nuevo Gobierno, sino contribuir al nuevo debate de siempre que ha surgido en este contexto. Me refiero al debate sobre la relación que deben tener el movimiento obrero y los aparatos de Estado, y con esto a la cuestión de la presencia y el papel que debe tener el movimiento socialista en los aparatos de Estado. El debate también ha tenido eco en Euskal Herria, aunque quizá haya adquirido una forma particular: en la Izquierda Abertzale ha reaparecido el clásico debate "calle/movimiento popular vs instituciones", sobre todo en relación al debate sobre la postura de eh Bildu ante el acuerdo de gobierno.

Pablo Iglesias [en su discurso de la sesión de investidura](#) nos indicó claramente cómo entiende la clase media el movimiento obrero y, en consecuencia, cuál es su posición en el debate calle/instituciones: los movimientos sociales deben ser los agentes que cumplan la labor de supervisión del gobierno y ejercer presión.

La clase media no piensa en modalidades de política y poder que puedan existir más allá de la gestión del capital, y su comprensión de la política se reduce a mejorar las posiciones institucionales de los partidos políticos institucionales y burocráticos que representan a este mismo estrato de clase. Fundamentalmente al ejercicio institucional que responde al objetivo de aumentar el poder social de la clase media. Por eso es clarificadora la afirmación de Iglesias, porque, inevitablemente, da a entender que el enfoque reformista debe entender los movimientos sociales de forma utilitarista y partidista, es decir, utiliza el movimiento obrero y sus reivindicaciones para aumentar el peso de sus partidos en los aparatos estatales.

El posicionamiento que interesa al proletariado en este debate es otro. Más que ganar peso en los aparatos estatales, lo que interesa al proletariado es conseguir poder sobre la organización territorial y social, mediante la lucha que satisface las necesidades de los trabajadores acentuadas por la crisis capitalista; es decir, poder poner en práctica el socialismo. Si miramos el debate del papel de los movimientos sociales o del movimiento obrero desde la óptica de los intereses del proletariado, el principio estratégico consiste en ganar batallas y hacerse cada vez más fuerte en la dinámica de la lucha. Pues sólo esto puede permitirle articular un poder propio imprescindible para alcanzar conquistas sociales cada vez mayores que sean de interés para su clase.

¿Pero qué efecto tiene eso en el debate referido al principio? La consecuencia es clara: la dicotomía calle/movimiento popular vs instituciones es falsa, y debatir en esos términos condena al proletariado a la impotencia, a reproducir la política de la clase media y a bloquear la política proletaria.

Hemos dicho que la clase media subordina el movimiento obrero a la gestión del estado. A pesar de que de vez en cuando sale a la calle con un disfraz radical, realmente utiliza la calle y el movimiento popular con el objetivo de reforzar su ejercicio institucional. Ante esta política, quiere bloquear a los sectores más radicales del proletariado en la abstracta reivindicación de que hay que estar más en la calle, porque dar el debate en estos

KOIUNTURA POLITIKOA

términos les es funcional a la clase media y a sus partidos demócratas. Por ende, el debate pertinente no es la calle/movimiento popular o las instituciones, sino qué modalidad de poder alimenta la dinámica y el movimiento que generamos en cada espacio: la de la burguesía o la del proletariado.

En consecuencia, la refutación de esta dicotomía y la fidelidad hacia el principio básico de la política proletaria antes mencionado nos obliga a pensar de forma muy distinta el papel que debe jugar el movimiento socialista respecto a los aparatos estatales. Sin embargo, este no es un debate real en este momento del Movimiento Socialista de Euskal Herria, por eso creo que es más interesante identificar cómo se expresan en menor dimensión los mismos elementos políticos de la clase media que quiero criticar en ese debate.

Diría que la psicología de falsas dicotomías (como la recién trabajada calle/institución) también está presente en el movimiento obrero de la educación. Porque el movimiento obrero desarrolla, por inercia y espontaneidad, la psicología y formas de hacer política que le son funcionales a la clase media. Frente a esto la tarea de los socialistas es desterrar del proletariado los elementos contrarrevolucionarios. En este sentido, quiero traer a este final del texto el debate sobre la naturaleza de la huelga estudiantil.

Como hemos criticado en numerosas ocasiones desde el movimiento socialista, las movilizaciones estudiantiles de interés de la clase media se limitan a hacer 'performances'. Es decir, en lugar de movilizar al alumnado trabajador en la dirección de conseguir mejoras reales para el alumnado trabajador, tratan de movilizar al alumnado para llevar a cabo iniciativas espectaculares que tienen como objetivo la 'concienciación'. La actuación de estos agentes responde a la lógica política y a la agenda institucional de generar dinámicas que puedan ser absorbidas por los partidos institucionales.

Por eso podemos decir que las organizaciones estudiantiles de interés de la clase media han priorizado la realización de huelgas ideológicas y políticas. Al menos en apariencia, porque las funciones institucionales que les hemos asignado son alimentadas de la manera más adecuada por este modelo de huelga. Por ejemplo, el carácter ideológico de la huelga que llevó a cabo 'Gora Ikasleon Borroka' en noviembre.

Por otro lado, quienes nos dedicamos a la defensa de los intereses del alumnado trabajador, Ikasle Abertzaleak, apostamos por poner en primera línea las necesidades materiales del alumnado. Es decir, hemos apostado por cambiar las condiciones de colegios y universidades a beneficio del alumnado, y en coherencia con ello hemos priorizado el modelo económico de huelga.

La situación concreta y la apuesta táctica, sin embargo, no nos puede llevar a construir una falsa dicotomía o confrontación entre el modelo económico y político de huelga. Las formas concretas son variables y según la dinámica sus frutos pueden ser muy diferentes, por lo que lo más importante es fijarse en la modalidad de poder que alimenta cada huelga.

Construir principios políticos estratégicos en base a los posicionamientos tácticos es inadecuado, es decir, considerar la huelga económica como socialista y caracterizar la huelga política como una huelga de la clase media, es un error a evitar. Al igual que ocurre en el debate de la calle y las instituciones, el hecho de que la clase media haya desarrollado un modelo partidista de movilización callejera no debería inducirnos a idealizar la lucha callejera como una forma general contra las instituciones, ya que ambas pueden alimentar la misma dinámica de poder, aunque sea en formas diferentes. En la misma línea, la situación no debería limitarnos a las huelgas económicas y empujarnos a abandonar las políticas.

¿Acaso debemos renunciar al potencial que puede tener el uso de la huelga ideológico-política? Y, ¿deberíamos dejar el uso de la calle o de los aparatos estatales en manos de la burguesía y la clase media? ¿No son instrumentos demasiado serios para dejar utilizarlos a los enemigos políticos, y además contra nosotros?